

Cama para cuatro, por favor

Francisco González

(Las derechas e izquierdas, las del espectador. Un piso en el centro de una gran ciudad. Tiene un sofá en el centro de la escena, algo recorrido hacia la derecha, una mesa baja frente a él sobre la que hay un cuchillo y una mesita más pequeña a su izquierda. A la derecha, un mueble bar y, a su lado, un perchero de pie del que cuelga una bufanda o un pañuelo de mujer largo. Hay una ventana a la izquierda, en el borde del escenario. Una puerta a la derecha que da a la calle y otra a la izquierda que lleva al resto de la casa)

(Se levanta el telón. AGUSTÍN, un hombre que pasa ligeramente de la treintena se pasea por la escena, inquieto. Mira el perchero, se acerca con temor, descuelga la bufanda y se enrolla un extremo al cuello. El otro extremo lo pasa por una de las perchas. Se deja caer de rodillas y la bufanda se descuelga sin lograr su propósito: ahorcarse. Se levanta, cuelga con mimo la bufanda y descubre entonces la ventana. Se acerca a ella con el mismo temor que lo hizo al perchero, la abre, mira abajo con miedo, se tapa la nariz como si fuera a zambullirse, hace un amago, como si saltara... pero no salta. Se vuelve, ve el cuchillo, lo coge, lo mira y trata de matarse “descabellándose”, como los toros, clavándolo en su nuca. Tampoco se atreve. Se sienta en el sillón, acerca el cuchillo a la boca..)

RAMÓN *(Desde fuera)*: Agustín, abre. *(Golpea la puerta. Agustín, del susto, lanza el cuchillo detrás del sillón)* ¡Agustín! *(Suena el timbre)*

AGUSTÍN *(Buscando por el suelo)*: Un momento, un momento.

RAMÓN: Agustín, abre, no hagas una tontería. ¡Abre! *(De nuevo el timbre)*

AGUSTÍN *(De pie, ha encontrado el cuchillo y se lo coloca frente al pecho)*: No trates de detenerme.

RAMÓN: ¿Cómo voy a detenerte si está la puerta cerrada?

AGUSTÍN: Tenía que haber dejado la puerta. Así es ridículo. *(Va hacia la puerta, nervioso, jugando con el cuchillo. Abre y se retira rápidamente)*

RAMÓN *(Entrando nervioso)*: ¡Agustín! ¿Qué fue esa llamada? ¿Qué querías decir con acabar con todo?

AGUSTÍN: Desde luego, no quería decir pagar lo que me queda de la hipoteca *(le muestra el cuchillo)*. Aunque ya no me importará que el banco se quede con la casa cuando todo acabe.

RAMÓN: Dame ese cuchillo.

AGUSTÍN *(Le amenaza con el cuchillo. Está detrás del sofá)*: Quieto ahí. *(Se le cae)*. Mierda, encima del cuenco de la comida del perro. *(Lo limpia en la manga. Ramón trata de acercarse durante el despiste)* Alto, ni un paso más.

RAMÓN: ¿Qué vas a hacer con el cuchillo?

AGUSTÍN: Lo tengo decidido, Ramón. No hay nada que valga la pena y no me lo vais a impedir.

RAMÓN: Entonces, ¿para qué nos has llamado?

AGUSTÍN: Somos amigos desde hace muchos años. Íbamos juntos al cine: yo pagaba las palomitas, tú te las comías. ¿Dónde vomitaste después de tu primera borrachera?

RAMÓN: En tu coche.

AGUSTÍN: En mi coche, así fue. Y he pensado que, después de tanto que hemos pasado, debías estar en el final.

RAMÓN: Fui yo quien te presenté a Mónica.

AGUSTÍN: Sí, y te perdono por ello. Sois mis únicos amigos, eres mi único amigo, a pesar de que me presentaras a Mónica, a pesar de que fueras el origen de todas mis desgracias. Ahora todo se acabó, me cortaré las venas.

RAMÓN: ¡No! Insensato, con ese cuchillo no. ¿No ves que se ha caído en el plato de la

comida del perro? Vas a pillar una infección.

RAQUEL (*Es la mujer de RAMÓN. Entrando*): ¿A quién se le ocurrió la idea de tener un piso en el centro? Estarás a un paso de todo, pero, ¡sin sitio donde aparcar! He dado tantas vueltas que pensé que el coche no sabría ya ir recto. Lo he dejado en doble fila. Tenemos que irnos ahora mismo.

RAMÓN: Ayúdame, Raquel. Agustín quiere suicidarse.

ROSARIO (*Es la madre de RAQUEL. Entrando*): Qué montón de escaleras.

RAQUEL: Es sólo un primer piso, mamá.

ROSARIO: Sí, pero como me haces subir andando.

RAQUEL: Sabes que es bueno para la circulación.

RAMÓN: ¿Por qué no la has dejado en el coche?

RAQUEL: La última vez se lo llevó la grúa, con ella dentro.

ROSARIO: Y luego no quería pagar la multa.

RAMÓN: La multa no me importaba pagarla, pero el plus por exceso de peso...

ROSARIO: Ay, yo estoy cansada creo que voy a sentarme. (*Camina hacia el sillón*)

RAQUEL: Sí, siéntate por ahí. Pero dame ese chicle, que la última vez me llamaron de la casa a la que fuimos de visita porque no podían separar el cojín del sillón. (*Se dirige a su madre, le coge el chicle de la boca y deja su abrigo sobre el sillón*)

AGUSTÍN: Joder, cuélgalo en la percha, no es tanto trabajo. No sabes lo que me cuesta tener la casa arreglada. Que luego viene Mónica y me dice que no hago nada en la casa. Ah, claro, que hoy no va a volver.

RAQUEL (*Por el chicle*): ¿Dónde lo dejo?

AGUSTÍN: Pégallo en el perchero ése. Es de Mónica.

RAMÓN: Entonces, ¿es por algo de Mónica? ¿Algo que os ha pasado?

RAQUEL (*Va hacia donde le indicó Agustín*): No se te escapa una, chico.

RAMÓN: Pero ésa no es la solución. Suicidarse no arregla nada. Dame ese cuchillo.

AGUSTÍN: No.

RAQUEL: Déjalo, para una vez que toma una decisión en su vida...

ROSARIO: Eso, si va a usarlo para cortar algo... yo tengo hambre.

AGUSTÍN: Las venas, señora, me voy a cortar las venas.

ROSARIO: Entonces no, que la comida moderna no me va a mí. Si tiene algo de paté...

RAQUEL: ¿No tienes ginebra?

RAMÓN: Pero, ¿qué hacéis las dos? Sois tal para cual: Agustín está en un momento crítico, a punto de acabar con su vida y estáis las dos pensando en comer y beber.

ROSARIO: Está visto que me quedo sin merienda.

AGUSTÍN: No tiene sentido seguir viviendo. Estoy decidido a hacerlo.

RAQUEL (*Se vierte bebida en un vaso y bebe*): No, no lo estás.

RAMÓN: ¡¡Raquel!!

RAQUEL: Si de verdad quisieras hacerlo no nos habrías llamado. No era una llamada de anuncio, sino de socorro, de ayuda. Los suicidas de verdad no anuncian que lo van a hacer: se matan y ya está. Pero tú no tienes valor para hacerlo. (*Bebe*)

RAMÓN: Joder, Raquel, yo no sé si estás ayudando...

AGUSTÍN: ¿No te irrita un poquito, aunque sea un poquito al menos haberte casado con una psicóloga?

RAQUEL: Pero, ¿tengo razón o no?

AGUSTÍN (*Volviendo a levantar el cuchillo, queriendo mostrar seguridad*): No, no la tienes, era una llamada de ayuda, es cierto, pero porque quiero cortarme las venas y acabar de una vez, pero ni siquiera sé cómo se hace. No sé si hay que cortárselas todas ni por cuáles se empieza.

RAQUEL: Supongo que por las pequeñas, para ir practicando.

RAMÓN: Deja de decir tonterías, Raquel. No eres de gran ayuda.

ROSARIO: Tenía que haber cogido un bocadillo de casa.

AGUSTÍN (*Coge la mesita pequeña, la coloca en el centro del escenario, pone un pie sobre la mesita y se sube la pernera del pantalón*): Tengo varices, tanto tiempo de pie me mata. ¿Y si empiezo por ahí?

RAQUEL: Es un buen comienzo: esas están más a la vista. No hay que hurgar en la carne con el cuchillo.

ROSARIO: Carne no, tiene mucho colesterol.

AGUSTÍN: Para, no seas tan explícita, harás que me maree.

RAMÓN: Podrías ayudar un poco.

RAQUEL: Y eso hago, ayudar a Agustín.

AGUSTÍN: Si me hubiera operado hace años, como Mónica me dijo, hoy no podría hacer esto.

RAMÓN: Nada es tan i como para quitarse la vida.

AGUSTÍN: ¿Qué sabrás tú? Tienes una vida ejemplar: tu mujer, tus mellizas, tan guapas ellas, tu trabajo, tu chalet en una urbanización privada. La vida te ha tratado bien. (*RAMÓN retira la mesita*) No puedes saber lo que es sufrir.

ROSARIO: Yo estoy empezando a saberlo. Hija, ¿no podrías ponerme un vaso de leche como el que llevas tú? Y algo para mojar, como un platito de jamón o algo así.

RAQUEL: Ah, sí, siempre tuviste celos de Ramón.

(*Ramón aprovecha que Agustín habla con Raquel para retirar la mesita y colocarla de nuevo en su lugar*)

AGUSTÍN: ¿Celos? No, nunca, es mi mejor amigo. Quizá algo de envidia sí. Quizá querer todo lo que él tiene, tal vez. Quizá haber deseado cientos de veces haber vivido su vida en lugar de la mía, puede ser. Pero, ¿celos?, ja, ja, celos no.

RAMÓN: ¿Querías lo que yo tenía?

AGUSTÍN: ¿Pero a ti no te extrañó que fuera yo quien hablara con el arquitecto que diseñó tu chalet, que escogiera los colores con el pintor o que fuera yo quien eligiera tus muebles?

RAMÓN: Eso explica porqué no me gusta el aparador. Bueno, pensé que lo hacías porque eres mi amigo.

RAQUEL: Incluso escoge la ropa que vistes.

RAQUEL: Todos los meses me envía el catálogo de El corte inglés con una equis en los trajes que más le gustan para ti. Luego te los compro yo, eso sí.

AGUSTÍN: Me los pruebo yo mismo y luego escojo.

RAMÓN: Pues a ver si adelgazas, que del último hemos tenido que meterle de la cinturilla.

ROSARIO: Eso vamos a hacer todos, adelgazar. No he visto un anfitrión más despreocupado. Quizá aquel Agustín al que visitamos una vez.

AGUSTÍN: No vas a tener que preocuparte ya porque haya engordado. Vas a vivir tu vida, escogerás tu ropa, pero te mirarás al espejo cada día y me verás.

RAQUEL: ¿Te quitas la vida porque no puedes vivir la de otro? Ni siquiera mis pacientes me han contado un motivo tan enrevesado.

AGUSTÍN: No, porque ni siquiera me dejan vivir la mía, ni siquiera puedo decidir lo que hago con ella. Porque mi casa no es mi casa, la compró mi mujer, porque mi mujer no es ya mi mujer, sino la de otro. Lo único que tengo mío es mi propia vida y quiero decidir lo que hago con ella: quitármela. *(Vuelve a colocar la mesita en el centro del escenario, sube de nuevo el pie y mira su pierna)* ¿Será doloroso?

RAQUEL: Sólo mientras sigas estando consciente. ¿Quieres un poco de mi copa para que te sea más llevadero?

AGUSTÍN: No, que el alcohol me sienta fatal: mañana me levantaré con una resaca de miedo.

RAMÓN: No lo hagas: hay más mujeres en el mundo.

AGUSTÍN: No, yo sólo quiero a una y no puedo tenerla: está con otro.

ROSARIO *(Se levanta y se dirige al mueble bar):* Mira, ya está bien, si el dueño no nos saca nada, ya lo busco yo. Hija, de donde has sacado esa bebida, ¿no habrá un poquito de pan? Tengo tanta hambre que sin relleno me lo comía. *(Ramón quita la mesita de nuevo)*

RAQUEL *(Va a donde su madre y le obliga a sentarse):* No hay nada, mamá. Siéntate por ahí que nos vamos ahora mismo. *(Se sirve otro vaso. Por Agustín)* Siempre has sido un indeciso, Agustín, alguien sin personalidad.

(Ramón aprovecha que Agustín habla con Raquel para retirar la mesita y colocarla por segunda vez en su lugar)

AGUSTÍN: No, eso no es cierto.

RAQUEL: Sí lo es.

AGUSTÍN: Bueno, un poco sí.

RAQUEL: ¿Recuerdas lo que me contaste de tu primera comunión? No te decidías si tomar primero el vino o la sagrada forma y tuviste a los niños esperando quince minutos.

AGUSTÍN: No es tan fácil: si te tomas primero la ostia y se te pega al paladar, mejor es beber el vino después. Pero, ¿y si no te gusta el vino? Mejor la ostia al final, para quitarte el sabor. No es tan fácil, no.

RAMÓN: ¿Y no se te ocurrió preguntarle al cura?

AGUSTÍN: ¿A un tipo que se pone falda para presentarse en público? No, gracias.

RAMÓN: Pero ella sólo está confusa porque lo vuestro no marcha bien, pero te quiere. Seguro que volverá.

ROSARIO: Pues si alguien tiene que volver, que pase por una pizzería y traiga algo de comer.

AGUSTÍN: ¿Cómo estás tan seguro?

RAMÓN: No lo sé, pero algo tengo que decir para evitar que cometas una tontería.

RAQUEL: No te quiere.

AGUSTÍN: ¿Cómo?

RAMÓN: ¡Raquel!

RAQUEL: No te quiere. No sé si lo sabrás, pero los últimos meses ha estado viniendo a verme porque vuestro matrimonio no iba muy bien y me pidió consejo.

RAMÓN: ¿Y qué le dijiste? ¿Qué se fuera con otro? Joder, espero que los pirómanos no acudan a ti en plena crisis. Al menos, di que se desfoguen en la calle, no en nuestra propia

casa.

AGUSTÍN: Que los pirómanos se desfoguen, muy bueno.

RAQUEL: Sólo le dije que fuera feliz, que hiciera lo que creyera más oportuno.

AGUSTÍN: Irse con otro.

RAQUEL: Eso no se lo dije.

AGUSTÍN: No, no se lo dijiste, pero seguro que ella creyó que sí. Nunca escucha a nadie. Va a verte porque puede hablar con alguien sin que le interrumpan.

RAQUEL: Alguna vez me dijo que eras tú en realidad...

AGUSTÍN: porque decía que conmigo no podía hablar.

RAQUEL: Eso decía, que, a veces...

AGUSTÍN: Y es ella la que no para de hablar y hablar y hablar y hablar.

RAMÓN: Pues ahora ya no vas a oírla más.

AGUSTÍN: Sí, es cierto, gracias por recordármelo. Voy a acabar lo que he empezado.
(Vuelve a por la mesita, la coloca de nuevo en el centro el escenario y sube el pie como ya hiciera dos veces)

RAMÓN: No, yo lo decía como algo bueno, que nadie va a reprocharte ya nada.

AGUSTÍN *(Acerca el cuchillo a su pierna, presiona un poco)*: Mira, sangre, ya está saliendo. Roja y espesa, gotas de vida que se escapa sin que nadie pueda hacer nada por evitarlo. *(Se toca la frente, algo mareado)* Estoy es muy lento, ¿no? Podríais hablar algo que esto va para largo.

ROSARIO: No sé qué hacéis, pero si va para largo, lo mejor será sacar algo de comer.

AGUSTÍN: Me estoy mareando, no me acordaba que la sangre me maree. Dejé de ser donante por eso mismo: las enfermeras estaban más atentas a mí que a la bolsa.

RAMÓN: Si cuando estudiaste el RH en clase te tuvieron que bajar a la enfermería.

AGUSTÍN: Ay, qué mal me encuentro. *(Se le cae el cuchillo)* Dejadme, dejadme que me dé el aire. *(Se acerca a la ventana)* No, a la ventana no, a ver si del mareo me caigo.

RAMÓN *(Corre hacia él)*: Al sillón.

AGUSTÍN: Ay, qué angustia tengo. *(Ramón lo tumba y le pone los pies en alto. Luego sale)*

ROSARIO: Eso va a ser hambre. Cuando yo era joven pasé mucha hambre. Eso les falta a los jóvenes hoy, pasar hambre. Que vengan de visita a esta casa y sabrán lo que es bueno. *(Se va al mueble bar y busca entre las bebidas)*

RAQUEL *(Se acerca a Agustín, moja el dedo en el vaso y humedece la herida con el alcohol de la bebida)*: Venga, que no ha sido nada.

AGUSTÍN: Claro, porque no eres tú la que se está desangrando. Oye, ¿qué haces?

RAQUEL: Te estoy curando.

AGUSTÍN: ¿Con qué? ¿Qué llevas ahí?

RAQUEL: Whisky.

AGUSTÍN: ¿Qué haces?

RAQUEL: Te estoy curando.

AGUSTÍN: ¿Con qué? ¿Qué llevas ahí?

RAQUEL: Whisky.

AGUSTÍN: No, alcohol no, que luego hago tonterías.

RAQUEL: ¿Y te parece poca tontería haber intentado suicidarte? Aunque yo ya sabía

que no serías capaz. No eres capaz de nada, nunca lo has sido.

RAMÓN (*Vuelve con un trapo húmedo*): Raquel, por favor.

AGUSTÍN: Qué gusto da suicidarse delante de una psicóloga. Mira que dan ganas de conseguirlo con tal de no oír tu explicación si no lo logras.

RAQUEL: Venga, que lo digo por animarte.

RAMÓN (*Le coloca el trapo en la frente*): Pues no creo que sea la mejor manera.

RAQUEL (*Mira por la ventana*): De todas formas, vives en un primer piso, la caída tampoco te habría hecho mucho.

AGUSTÍN: Hay rosales plantados en la acera, justo bajo la ventana: tienen espinas.

RAQUEL (*Dejando el vaso con prisa sobre la mesita*): Mierda, un policía poniendo multas. Voy a mover el coche. No me acordaba. (*Sale corriendo dejando el vaso sobre la mesa*)

AGUSTÍN: El vaso, el vaso, usa un posavasos, joder, que luego se quedan las marcas en la mesa. El otro día Mónica trajo a unos amigos y, cuando se fueron, la mesa parecía la bandera de las olimpiadas.

ROSARIO (*En su deambular ha llegado detrás del sofá. Toma el vaso de su hija*): Al menos beberé. Mira (*por el plato de la comida del perro*), aquí han dejado unas galletitas. (*Coge el plato y comienza a comer. Además, mojará las galletas en el vaso de la bebida*)

RAMÓN: Cuéntame qué ha pasado.

AGUSTÍN: Mónica se va, me deja por otro. Dice que no le escucho.

RAMÓN: Claro, tiene que ser por otro; si fuera por el mismo, no se iría, se quedaría contigo.

AGUSTÍN: ¿Cómo por el mismo? ¿Ya hubo uno y tú lo sabías? ¿Sabes quién es?

RAMÓN: No, claro que no, ¿cómo habría de saberlo? ¿Te ha dicho a ti quién es?

AGUSTÍN: Sí, creo que sí, pero no le estaba escuchando. Sólo decía tonterías. ¿Qué hace que una mujer busque fuera lo que podría tener en casa?

RAMÓN (*Camina por la habitación. Mientras habla, mira por la ventana*): Normalmente el aburrimiento. Siempre son las mismas personas: tú y ella, las mismas rutinas, los mismos reproches, los mismos problemas.

AGUSTÍN: Lo dices como si supieras de qué hablas.

RAMÓN: Bueno, sí, más o menos.

AGUSTÍN: ¿Os ha pasado lo mismo?

RAMÓN: No, lo mismo no, pero algo parecido. (*Mira a su suegra, que se ha sentado y come galletitas. Luego se acerca sigiloso a Agustín: va a contarle un secreto*) Raquel trabaja mucho, es una profesional muy competente. Los principios son duros y atendía a todos los pacientes que llegaban a su consulta, a ninguno le decía que no: creía que podía salvar el mundo. Tenía miedo que, de decirle que no a alguien, podría cometer una locura y ella sería la culpable. Trabajaba tanto que no teníamos tiempo para nosotros. Una de sus paciente, Victoria Hernán, tenía problemas con el sexo... le gustaba demasiado.

AGUSTÍN: Eso no es un problema, es una bendición... sobre todo para el hombre que esté con ella.

RAMÓN: Una mujer que te obliga a hacerlo en el cine tiene un problema.

AGUSTÍN: Hombre, Ramón, en el cine todos hemos sido un poquito atrevidos alguna vez.

RAMÓN: Sí, pero no cuando acaba de terminar La sirenita y se encienden las luces.

AGUSTÍN: No, eso no.

RAMÓN: Me enteré de que estaba tratando a esa mujer y me aproveché de ello.

AGUSTÍN: ¿Mucho tiempo?

RAMÓN: Con decirte que la piscina del chalet salió de sus visitas. Claro, a Raquel le extrañaba que no mejorara.

AGUSTÍN: Claro, los avances en su diván se perdían en tu cama.

RAMÓN: Pero aquello tuvo un efecto curativo: Raquel comprendió que no podía curarla y no se vino abajo, no pensó que no era buena, sino que no todo dependía de ella, que no iba a salvar al mundo. Y descubrirlo fue un alivio tremendo, claro. Para los dos.

AGUSTÍN: Y luego todo volvió a la normalidad.

RAMÓN: Sí.

AGUSTÍN: Pero vosotros no os separasteis.

RAMÓN: No, no siempre acaba en separación estos asuntos.

AGUSTÍN: ¿Y Raquel cómo se tomó lo de esa chica?

RAMÓN: Bien, bien, dejó de obsesionarse y...

ROSARIO *(Se les ha acercado mientras hablaban con una galleta para cada uno):* ¿Queréis?

RAMÓN *(Da un respingo):* ¡Dios! Qué susto me ha dado. ¿Si queremos de qué?

ROSARIO: Una galletita. Están tan buenas aunque un poco secas. Nunca había probado unas como éstas. Menos mal que había con qué humedecerlas. *(Cogen cada uno la suya)*

RAMÓN: ¿De dónde las ha sacado? Mire que le tengo dicho que, en una casa extraña, no la recorra sin que le den permiso.

AGUSTÍN: Da igual, déjala. La mujer tenía hambre.

ROSARIO: No me he ido por la casa. Estas galletas estaban detrás del sillón, alguien las había dejado en el suelo. Menos mal que no tienen perro, las podría haber chupado.

AGUSTÍN *(Escupiendo):* ¿Detrás del sillón? Joder, es la comida del perro.

RAMÓN: ¿Nos has dado comida de perro? Dios, Dios. *(Escupe también)*

AGUSTÍN: No, no es de perro, es de un niño que se llama Sultán.

(Suena el timbre. Agustín trata de levantarse pero aún está algo mareado)

RAMÓN: Ya voy yo. Y usted, Rosario, deje esas galletitas.

ROSARIO: Es que están buenas.

RAMÓN: Haga lo que quiera. *(Abre)*

RAQUEL *(Entrando):* Ya he aparcado bien. Pero el policía ya tenía la receta en la mano.

AGUSTÍN: ¿Te han multado? Vaya, lo siento, venís a salvarme y te ponen una multa. Si no me suicido, os la pago yo. Y si me suicido, cambiaré antes mi testamento para que os dejen a vosotros una parte para pagarla.

RAQUEL: Soy psicóloga, sé como tratar a la gente y vosotros los hombres, sois tan tratables... Al final me ha pedido perdón. Ah, por cierto, hablando de perdón, he visto que tu mujer venía hacia aquí. Quizá todavía os reconciliéis.

AGUSTÍN *(Se incorpora de un salto):* ¿Mi mujer? Oh, Dios mío. Y todo por en medio. *(Saca un trapo de debajo del asiento del sofá y se pone a limpiar)*

RAMÓN: Pero, Agustín.

RAQUEL: Yo creo que deberíamos irnos, ya hemos hecho suficiente.

AGUSTÍN *(Se acerca a Rosario):* Bueno, ¿se las acaba? Que me lleve el plato a fregar.

(Suenan las campanas) ¿Quién será?

RAQUEL: Tu mujer, supongo. Aunque, si toca al timbre en lugar de abrir la puerta con su llave, o sabe que hay visita, o es grave: ya no considera esta casa como suya.

RAMÓN: Raquel, deja de ser psicóloga por una vez. A veces no ayudas demasiado.

AGUSTÍN: ¿Abro?

RAQUEL: A mí no me preguntes: mis opiniones parece que no sirven.

(Agustín mira a Ramón)

RAMÓN: Yo creo que sí. No vas a evitar nada con no abrirle.

AGUSTÍN: Si no entra no puede irse.

RAQUEL: Ya se ha ido, lo que está haciendo es volver.

AGUSTÍN: ¿Tú crees?

RAQUEL: Evidentemente, si se fue y está aquí, es que ha vuelto. *(Aparte, triste)* Lo que no está nada claro es que sea para quedarse.

(Ramón abre y entra Mónica)

MÓNICA: Hola Raquel, hola Ramón. Qué violento es esto. No sabía si subir o no: he visto vuestro coche y suponía que Agustín os habría contado algo y habríais venido. Luego he visto que Raquel bajaba y pensaba que era porque os ibais.

RAQUEL: Sí, ya nos íbamos, ¿verdad Ramón?

ROSARIO: Yo ya no tengo hambre, por mí cuando queráis.

MÓNICA: Bueno, tampoco quiero echaros. En cualquier caso, yo he venido a por algo de ropa. La preparo y me marchó. *(Avanza hacia dentro)*

AGUSTÍN: Yo creo que deberíamos hablar.

MÓNICA: No hay nada de qué hablar. Al menos, no es el momento.

AGUSTÍN: ¿Qué no? Yo creo que sí. Sólo me dijiste: me voy, no te aguanto más.

MÓNICA: Creo que es sufici...

AGUSTÍN: Y éstos son mis amigos, al menos uno de ellos. Lo que tengas que decirme a mí lo pueden oír ellos. No tengo secretos.

MÓNICA: No es el momento de...

AGUSTÍN: Porque Ramón sabe que mis secretos son los suyos, que los suyos son los míos, que tus secretos, son míos y, por eso también suyos y...

MÓNICA: ¡Ya está bien! Nunca me escuchas: sólo hablas y hablas. No sé si será el momento, pero ya me da igual: me voy porque no me entiendes, me voy porque no das la talla.

AGUSTÍN: No pensé que esto fuera la pasarela Cibeles.

MÓNICA: ¡No das la talla en el sexo!

AGUSTÍN *(Va hacia ella. Señala a sus amigos)*: Pero, ¿cómo se te ocurre decirme algo así ahora? ¿No ves que hay visita?

MÓNICA: Me voy, lo tengo decidido. Nada me retiene aquí. Cogeré mi pijama y volveré otro día a por el resto de mis cosas.

AGUSTÍN *(Cediendo)*: Pero, cariño, ¿no podemos arreglar esto de alguna manera? No es el fin del mundo, nadie se ha muerto, todo tiene solución.

MÓNICA: Y yo la he encontrado: irme.

AGUSTÍN: Bueno, eso será solución para ti, pero, ¿y yo qué hago?

MÓNICA: Quedarte. Yo me marchó y tú te quedas. ¿Ves? Arreglado para los dos.

También hay otra: tú te marchas y yo me quedo. Pero lo que no quiero es estar más contigo. He tomado una decisión. No quiero hacerte daño, no hagas esto más difícil.

AGUSTÍN: Te perdono. Has tenido un lío, te has divertido (*cae de rodillas*) pero no quiero que te vayas.

MÓNICA: Ya me da igual lo que tú quieras. Y no ha sido un lío, nos vamos a vivir juntos.

AGUSTÍN: Podemos intentarlo de nuevo. Estas cosas suceden. Uno se encapricha de alguien... pero luego se puede seguir. Mira ellos, por ejemplo.

MÓNICA: ¿Ellos?

RAQUEL: ¿Nosotros?

RAMÓN: ¿Qué?

AGUSTÍN (*Sigue de rodillas*): Sí, Ramón estuvo un tiempo acostándose con una paciente (*Ramón le hace gestos para que deje de hablar*) de Raquel y siguen juntos. No pasa nada.

RAQUEL: ¿Qué dices, Agustín?

AGUSTÍN: Lo de tu paciente, aquella Victoria Hernández o algo así, con la que Ramón... (*cayendo en la cuenta. Se levanta*). Oh, no, oh, no. ¿No sabías nada?

RAQUEL (*A Ramón*): ¿Nada de qué? ¿Qué tengo que saber?

RAMÓN: Está pasando un trauma, no sabe lo que dice, se inventa cosas.

RAQUEL: Aquí la psicóloga soy yo. No hagas diagnósticos tan a la ligera. ¿Se inventa el nombre de una paciente que yo SÍ tuve?

RAMÓN: Bueno, le he hablado de ella, era un caso muy atractivo.

RAQUEL: ¿Atractivo? ¿Qué tiene de atractivo un caso en que una mujer necesita sexo a todas horas?

RAMÓN: Dicho así, no creo que sea necesario contestar.

RAQUEL: ¿Te acostabas con ella?

RAMÓN: No siempre tenía tanta prisa que acostados fueron las menos de las veces.

RAQUEL: No puedo creérmelo.

AGUSTÍN: Tú me dijiste...

RAMÓN: No se lo conté: te dije que todo había vuelto a la normalidad pero ella no lo sabía.

RAQUEL: ¿Y le cuentas algo así a él y no eres capaz de decírmelo a mí?

RAMÓN: Entiéndelo, que él lo supiera no era peligroso: él no iba a dejarme si le molestaba que lo hubiera hecho.

RAQUEL: ¿Molestarme? Me molesta que duermas sin calcetines y luego acerques tus pies a mí para calentarlos. Esto no me molesta, me enfurece.

MÓNICA: Nunca escuchas, sólo hablas y hablas. (*Sale*)

AGUSTÍN: ¿Ves? Yo me lo he tomado mejor que ella, cariño. Yo sólo he tratado de suicidarme. Y lo iba a hacer con el cuchillo que nos regaló tu madre. Mira, aquí tengo la prueba de que no miento. (*Sale de escena con la pernera del pantalón levantada*)

RAMÓN: Cariño, todo aquello fue bueno para todos.

RAQUEL: ¿Para todos?

RAMÓN: Claro, la chica se curó, al menos un poco.

RAQUEL: Es cierto, dijo que había encontrado a alguien que le había hecho ver que eso del sexo no era tan divertido como pensaba. Pero tardó algún tiempo.

Los candelabros

Francisco González

(Derechas e izquierdas las del espectador. Estamos en una casa de una familia media. En primer término se ve una mesita y un sillón, detrás, una mesa más grande con dos sillas. A su lado, un aparador con cajones. La salida por la izquierda es la entrada a la casa. La de la derecha, otra puerta, que da al resto de la casa)

GERARDO *(Entra con una bolsa)*: Hola, cariño, ya estoy en casa. Holaaaaa. *(Resignado)* La primera vez sería que estuviera en casa. Bueno, mejor, así me da tiempo a preparar la cena. *(Se acerca a la mesita y saca dos candelabros de la bolsa. Los coloca sobre la mesita, uno a cada lado, alejados. Lo piensa mejor y los junta)* Mejor así, mucho mejor. Si tenemos que hacerlo, cuanto más juntos estemos desde el principio, mejor. *(Mira a su alrededor)* Qué pena que en el piso de VPO no entrara una chimenea... Tiene que ser tan romántico hacerlo al lado de una chimenea, o en la bañera, o en la ducha... o donde sea. Sería bonito hacerlo... alguna vez, que tengo espermatozoides gran reserva, coño. Bueno, a ver si esta cenita la ablanda un poco. *(Toma los candelabros y los junta un poco más. Luego, hace como que se besan y, de repente, las une con frenesí, como si hicieran el amor)* Basta, basta, que no me vea ansioso. Debe parecer que todo esto ha sido espontáneo. *(Mira a su alrededor)* La luz, demasiado intensa. Aquí lo único intenso debe ser nuestra pasión, nuestros jadeos, nuestros... *(Respira de manera entrecortada. Recupera poco a poco la respiración)* Ya está, ya está. *(Saca de la bolsa una caja de bombones)* Bombones, de los que a ella le gustan: de los envueltos. *(Saca uno)* Todo es más sexy, más erótico, más excitante si hay que quitarle el envoltorio. ¿Qué morbo tiene una chica desnuda? *(Deja el bombón en su regazo. Se recuesta sobre el sofá. Sonríe como un tonto)* Un poco sí da... Pero excita más quitar la ropa, claro. *(Abre el bombón y se lo lleva a la boca)* Yo se lo pondré en la boca y luego se lo quitaré. Haré que lo bese y luego lo bajaré por su cuello, por sus pechos, por la barriga, hasta... *(Se pone en pie de un salto)* ¡el conejo! No he comprado el conejo. Mierda, ¿qué cenamos? Iba a hacer conejo al ajillo. Era la primera receta completa del curso ése que estoy haciendo por TikTok. Pues prepararé la segunda, la de esta semana: bacalao al pil pil. Mierda, ya me han enviado el pil pil pero el bacalao no llega hasta la semana que viene. Piensa, piensa. Voy a la cocina a preparar algo picante. Algo afroamericano... no, era eso... afrodisíaco, eso afrodisíaco. *(Abre un cajón y se pone un delantal. Lee)* Estoy tan bueno como lo que cocino. *(Ríe y sale)*

(Entran por la izquierda AGUSTÍN y ANA. Son dos jóvenes que se ríen como tontos y juegan como los críos que son: están enamorados. Él es el hermano de la mujer de GERARDO, pero no lo quiero decir aún para no fastidiar alguna sorpresa)

ANA *(Entra pero vuelve a salir porque AGUSTÍN estira de ella)*: Ay, déjame. Aléjate de mí. *(La suelta. Avanza unos pasos. Se vuelve. Coqueta)* Pero no tanto... Ven.

AGUSTÍN: ¿No querías que te dejara?

ANA: Sí, pero ya te echaba de menos.

AGUSTÍN *(La abraza)*: ¿Ah, sí?

ANA: ¿Te gusta?

AGUSTÍN: Me gusta con menos ropa entre nosotros.

ANA: Siempre pensando en lo mismo.

AGUSTÍN: Siempre, siempre no: cuando lo hacemos no pienso en ello. *(ANA camina hacia el mueble)*

ANA: No sé por qué Gerardo se deja las luces encendidas si no está en casa. Pero no las apagues, que no le gusta que toquen sus cosas.

AGUSTÍN: A mí sí me gusta que me toquen mis cosas.

ANA: ¿Sí?

AGUSTÍN (*Caminando hacia ella. La abraza*): Sí, especialmente tú.

ANA: Ay, déjame. A veces te pones de un empalagoso.

AGUSTÍN: Para empalagosa, tú, que eres toda miel.

ANA: Bueno, ya está bien. ¿Qué película quieres ver?

AGUSTÍN (*Separándose, algo molesto*): Entonces, es cierto, vamos a ver una película.

ANA: Claro, iremos a casa de tus padres y veremos una película. Como hoy no están...

AGUSTÍN: Ya, pero yo pensaba que lo que de verdad íbamos a hacer era...

ANA: Sólo se te ocurren cosas malas...

AGUSTÍN: A ti te gustan las cosas malas que se me ocurren...

ANA: Sí, pero hoy hay película. Luisa me ha dicho que mi cuñado tiene Ghost, la versión extendida, el montaje del director.

AGUSTÍN (*Aún más molesto*): ¿Ghost?

ANA: Sí. Ya te dije que hicieron un nuevo montaje, la escena del torno de barro hicieron que durara treinta minutos.

AGUSTÍN: ¿Quiere cambiar la vajilla de casa?

ANA: Hay un momento muy bonito que han añadido: él se encuentra en el más allá con un perro que tenían y que murió unos años atrás.

AGUSTÍN: Oh, vaya.

ANA: No te burles, seguro que lloro cuando vuelve a abrazarlo.

AGUSTÍN: Tiene que dar gusto ver a ese perro, tantos años muerto y sin que nadie lo haya lavado. Seguro que después de abrazarlo no puede despegarse.

ANA: No eres nada romántico.

AGUSTÍN: No tiene nada que ver con el romanticismo, es no ser imbécil porque...

ANA: ¿Crees que soy imbécil?

AGUSTÍN: No, no, no quería decir eso, sino, cortito, tontito...

ANA: ¿Crees que soy tonta?

AGUSTÍN (*Se le acerca*): No, a ver...

ANA: Eso, a ver, que hoy te quedas sólo con tus pensamientos.

AGUSTÍN: Es que... es que no puedo creerme la historia. (*Se separa, va hacia el sillón*) El tío es un fantasma, ¿vale? Baja al metro por las escaleras, "pisando" los escalones y luego no es capaz de golpear una moneda del andén. Tío, si no puedes tener contacto con la materia, tampoco puedes pisar, ¿no? (*Ana va a hablar, pero le corta*) Ah, ah, y luego, viene el tren, salta al vagón (*salta sobre el sillón*) y el tío se mueve así (*se balancea*).

ANA: Claro, porque estaba quieto y ha saltado a un tren que se movía. Es normal.

AGUSTÍN: Lo normal en ti y en mí, pero él es un fantasma: no tiene masa, no tiene cuerpo, no tiene inercia, joder.

ANA: Nunca veas una película romántica con un ingeniero.

AGUSTÍN (*Bajando del sillón*): Ya salió la de letras. O sea, que uno tiene que estudiar filosofía para entender Ghost. Pues sí que... (*Ve los candelabros y los bombones*) Oye, mira,

podríamos ver la película, con las velas, casi a oscuras. *(Coge un bombón, se lo come y deja el papel sobre la mesita. Arranca una hoja de una libreta que hay sobre la mesita y escribe algo)*

ANA: No, que la última vez que apagué la luz, cuando la encendí sólo te faltaba el tanga por quitarte... y ya lo llevabas a la altura del cuello.

AGUSTÍN: Ya te dije que a oscuras no me aclaro yo mucho.

ANA: Bueno, cógelas, nos valdrán para la cena.

AGUSTÍN: Yo prefiero un filete.

ANA: Anda tonto, que no eran para comérmolas.

AGUSTÍN: No, para eso ya te tengo a ti. Te comería toda si no fuera porque pasaría hambre el resto de mi vida.

ANA: Eso ha parecido bonito.

AGUSTÍN *(Coge los candelabros y los bombones. ANA lleva la película):* Venga, vámonos, que si hay que cenar, ver la película y todo lo demás, no va a dar tiempo.

ANA: Vale, pero no empieces antes de que acabe la película, que me fastidia quedarme sin saber el final.

AGUSTÍN *(Abre la puerta):* No te prometo nada. ¿Cuánto dura la película?

ANA: El primer DVD creo que no llega a las dos horas. Los otros dos, un poco menos.

AGUSTÍN: ¿Son tres DVD? *(Salen)*

GERARDO *(Entra por la derecha. Viste el delantal. Está todo manchado, como si hubiera cocinado mucho. Con un trapo cubre una bandeja en la que trae lo que ha preparado. Levanta el trapo y descubre la cena):* Un sándwich de jamón y queso. Pero nada de jamón de York, no, jamón, jamón. Y está bien hecho, que no es fácil que el queso se funda y no chorree por los lados. *(Se acerca a la mesita y descubre que los bombones y los candelabros han desaparecido)* Pero, ¿dónde están? *(Busca por debajo de los cojines, por debajo del sillón, por debajo de los almohadones. Encuentra unos calzoncillos eróticos, con un añadido para el pene)* ¿Y esto? Yo no llevo de esto. Debe de ser un regalo de Luisa. *(Los vuelve a esconder. Encuentra la nota en la mesita. Lee)* “Hermana, te cojo los candelabros y los bombones. A ver si me sirven...”. Me cago en... Pero, ¿tendrá cara? *(Se sienta, enfadado, pero luego se entristece)* No me sale nada bien, quiero preparar una noche para nosotros y está siendo un desastre. *(Muerde el sándwich)* Sin velas, sin bombones. *(Muerde otra vez)* Tengo Sugus por ahí, pero no es romántico. *(Muerde)* No, no es romántico que cuando acabe de jugar y se lo coma, se meta un dedo en la boca para despegarlo del paladar. *(Muerde. Mira la bandeja)* Y ahora además me he comido el sándwich. *(Saca el móvil y marca un número)* No hay tiempo de preparar nada. ¿Pizzería Tutto pene? Dos pizzas, de las de la oferta. Las número tres y la cinco. Y una botella de Lambrusco. A Gran Vía, veinticinco, puerta dos. *(Cuelga)* Al menos pondré esto algo romántico. *(Busca una canción en el móvil. En ese momento se abre la puerta y entra LUISA. Viste elegante. Avanza sin verle)* Hola, cariño.

LUISA *(girándose):* Ah, no te había visto. *(Se quita el abrigo y lo deja sobre el brazo del sillón. Se sienta)* ¿Qué hay de cena?

GERARDO: Poco.

LUISA *(girándose):* Tampoco tengo mucha hambre, la verdad.

GERARDO: ¿Por qué no cuelgas el abrigo en la percha?

LUISA: Está tan lejos y estoy tan cansada...

GERARDO (*Lo coge enfadado y lo cuelga*): ¿Cansada? Pues yo había preparado...

LUISA: Ah, sí, la cena. (*Se quita los zapatos y los deja de cualquier modo en el suelo*) Lo que hayas hecho bien está.

GERARDO: Pizza.

LUISA: No me has dado un beso.

GERARDO: Tú a mí tampoco.

LUISA: Acércate.

GERARDO (*Va hacia ella con desgana, como por compromiso*): He llamado a la pizzería para que manden dos. Lo que no te comas lo congelamos.

LUISA: Son pocas pizzas, aunque yo no vaya a comer, faltaría al menos una.

GERARDO: Yo no pienso comerme ni siquiera esas dos.

LUISA: Pero Federico y Amparo sí que traerán hambre.

GERARDO: ¿Cómo?

LUISA: Federico y Amparo vienen a cenar. ¿No te lo dije? Vaya, lo siento, voy siempre tan liada que se me olvidó.

GERARDO: Evidentemente, no me lo dijiste. O no me sorprendería.

LUISA: ¿Evidentemente? Cuando usas adverbios en mente es que tienes algo en mente que yo desconozco. Aunque suele ser un enfado.

GERARDO: ¿Algo en mente? Supuestament... Hoy me dijiste que acabarías pronto. Son casi las diez. Había preparado una cena romántica...

LUISA: ¿Con pizza? (*Luego se arrepiente*)

GERARDO: Y con candelabros. (*Señala la mesa vacía*)

LUISA: Transparentes...

GERARDO: Iba a prepararte una cena del curso que estoy haciendo, pero no me han enviado todavía el pil pil. Luego hice un sandwich... que me he comido.

LUISA: Ya.

GERARDO: Y por eso he pedido pizza. Y Lambrusco. Pero a la señora se le olvida decirme que hay invitados.

LUISA: Y los candelabros, ¿también te las has comido?

GERARDO: Han desaparecido. Y los bombones que te había comprado.

LUISA: ¿Eran de los envueltos?

GERARDO: Sí, aquí tienes la prueba. (*Le enseña el envoltorio del que se comió AGUSTÍN*)

LUISA: Te has comido todos los bombones y los candelabros.

GERARDO (*Enseñándole la nota*): Tu hermano.

LUISA: ¿Mi hermano se ha comido los candelabros? Mira, me estoy perdiendo. Estoy muy cansada para estos juegos.

GERARDO: Que no, que no. Se los ha llevado.

LUISA: ¿Y por qué no les has dicho que no?

GERARDO: Pero, ¿tú crees que me han preguntado?

LUISA: Bueno, pues lo siento, siento haber llegado tarde, siento no haberte avisado de que venían Federico y Amparo, siento que hayas preparado (*señala la mesita vacía*) esto para nosotros y no podamos disfrutarlo. Pero ven, siéntate a mi lado. (*Golpea el sillón con la mano*)

GERARDO (*Sentándose*): Tampoco había preparado tanto... bueno, sí había preparado... o tenía intención de preparar, para ser sincero.

LUISA: Llama y pide una pizza más. Que haya tres por lo menos. Y con algo de picar ya está bien, no hace falta una cena de altura.

GERARDO (*Saca el móvil y marca*): Hola, soy el chico de antes, de la Gran Vía, 27-2. Quiero que me envíen una pizza más. Me da igual, la siete mismo. Y una botella más de vino. De Lambrusco, claro.

LUISA: A Federico no le gusta la pizza.

GERARDO: Pues que se aguante. No voy a ponerme ahora a cocinar.

LUISA: Si come queso se pasa toda la noche con ardor de estómago.

GERARDO: Yo me comeré la parte de la pizza que tenga queso. (*Silencio incómodo*) ¿Mañana vendrás pronto?

LUISA: Mañana es viernes. Y los viernes...

GERARDO: Lo sé, todas las niñas se arreglan para salir. ¿Y no se pueden arreglar ellas solas en casa? Total, si luego van a discotecas donde no hay luz.

LUISA: Yo me arreglaba para ti y te gustaba.

GERARDO: Sí, claro, je, je. Cuando venías toda peinada y arreglada, tenía ganas de revolvarte el pelo y quitarte esa ropa... Bueno, eso siempre, vinieras peinada y arreglada o no.

LUISA: Te quiero.

GERARDO: Yo creo que también.

LUISA: Además, ¿de qué viviríamos si no las peinara?

GERARDO: Podría trabajar yo.

LUISA: Eso ya lo hemos hablado muchas veces.

GERARDO: En realidad sólo una y decidimos que no. Pero es que en casa, me aburro tanto... Y por eso quiero que vengas pronto, quiero que estés.

LUISA (*Bromeando*): ¿Para aburrirnos juntos?

GERARDO: Si estás tú, ya no me aburro y mis penas se diluyen como..., no sé, como se diluyen las cosas que pueden diluirse.

LUISA: Y aquí estoy.

GERARDO: Ya, pero, como casi siempre, tarde. Por cierto, tú sabes que el sábado es nuestro aniversario. Qué mejor momento para revivir pasiones pasadas.

LUISA: Tres años ya.

GERARDO: Dos. ¿Se te han hecho tan largos?

LUISA: Cortos.

GERARDO: Sumando el tiempo que hemos estado de verdad juntos, corto, muy corto.

LUISA: Pues se me había pasado del todo.

GERARDO: ¿El qué?

LUISA: Nuestro aniversario.

GERARDO: Ya. Aún no se ha pasado. Es el sábado que viene.

LUISA: Ahora me pesa haber aceptado lo de ese cursillo, que, por lo que veo, tampoco te dije que tenía.

GERARDO: ¿Tienes un cursillo? ¿Este sábado?

LUISA: La central organiza un curso de reciclaje, para enseñarnos nuevas técnicas y es este fin de semana.

GERARDO: Sí, me lo dijiste: el de la semana que viene.

LUISA: Éste.

GERARDO: No, no, el día veinte.

LUISA: El trece.

GERARDO (*Revisa el móvil*): Me dijiste que era... el trece, es cierto, el trece, este sábado. O sea, que este fin de semana me quedo solo, y mañana, solo, también, y hoy, acompañado, demasiado acompañado. Y con el pesado de Federico.

LUISA: Es el comercial, el que me trae los productos. Tengo que quedar bien con él. Para que luego me haga favorcillos. (*Luisa ve la cara de GERARDO*) Sé que no te cae muy bien, pero no pongas esa cara, por favor.

GERARDO: No tengo otra. Ésta te gustaba antes, por eso te casaste con el resto del cuerpo. Todas los días llegas tarde, muchos días incluso me acuesto sin que hayas llegado. Llevamos cuatro fines de semana sin salir, sin vernos, sin tocarnos, sin... Toca este brazo. (*El derecho. Ella lo hace*) Y ahora éste. (*El izquierdo*) ¿Notas diferencia de musculatura? Deduce por qué. Bueno, voy a la cocina a preparar algo de picar para antes y el postre para después: la torta que compré el otro día y que llevo guardando para hoy. Era para dos, pero la compartiremos. (*Sale. LUISA pone los pies sobre la mesita y cierra los ojos para descansar. De repente los abre y se pone tensa*)

LUISA: ¿La torta?

GERARDO (*Entrando*): ¿Dónde está la torta?

LUISA: Me la comí.

GERARDO: ¿Toda?

LUISA: Sí.

GERARDO: Ayer por la noche estaba. Y hoy te has ido temprano. No te ha dado tiempo a comerte esa torta... que era como para cuatro.

LUISA: No te lo voy a decir.

GERARDO: ¿Porque me enfadaré?

LUISA: Sí.

GERARDO: No sé si será mejor que me lo imagine e imagine algo muy gordo o me lo digas, acabemos con el suspense y, tal vez, no te prometo nada, no me enfade.

LUISA: Mejor no.

GERARDO (*Casi gritando*): No voy a enfadarme... más.

LUISA: No te lo digo.

GERARDO: Ha sido tu madre.

LUISA (*Rápidamente*): No. No, exactamente.

GERARDO: Vale, ¿y por qué? ¿No venden en las tiendas? Me pareció ver, no estoy seguro, que donde yo compré ésta había más. Creo que hacen varias por si hay más de una persona que quiere.

LUISA: Su tío, el tío Palangana, sabes que está muy mal.

GERARDO: Sí, está más allá que acá. Si se alimenta por gotero. No me digas que ha vuelto en sí y ha dicho: “tengo hambre, ve y júdele la tarta al imbécil de tu yerno”.

LUISA: No, vinieron mis tíos de Madrid. Era tarde y mi madre necesitaba algo para darles.

GERARDO: Si hubiera estado yo aquí sí habría encontrado algo para darles. (*Hace un gesto con la mano como pegándole*) Me cago en... Eso pasa por vivir en el mismo edificio que tu familia. Que en esta casa no hay manera de tener nada en la despensa. Compré un jamón y sólo he podido chupar los huesos. Los he guardado para cuando lleguemos al fascículo en que enseñan cómo hacer cocido. Compré sobres para hacer refresco, preparé una botella... ¡y se la bebieron ellos! Y me dejaron la botella vacía en la nevera. ¿Hay algo más inútil que una botella vacía en la nevera? (*LUISA va a contestar pero le detiene*) No digas nada, era una pregunta retórica. Y no voy a contestar “tu hermano” porque no quiero que esto se convierta en una discusión.

LUISA: Una discusión no, está siendo un monólogo, todo son reproches, todo son quejas, y ahora estás insultando a mi familia. No será la mejor familia, pero es la mía. Y la tuya.

GERARDO: La mía no, no es mi familia. En todo caso, mi familia política, y ya sabes que la política nunca me ha gustado.

LUISA: Vivimos aquí, junto a mis padres porque este piso es de ellos, nos lo dejan.

GERARDO: Nos lo alquilan.

LUISA: Nos lo dejan... a buen precio. Hasta que podamos comprar uno.

GERARDO: Y, para que siguieras con la “tradición familiar”. Porque si te ibas de aquí la peluquería, que había sido de tu madre, se cerraba.

LUISA: El salón de belleza nos da de comer.

GERARDO: Nos permite comprar la comida, pero se la comen ellos. Y en cuanto al sexo...

LUISA: Ahí querías tú llegar...

GERARDO: Ahí llevo queriendo llegar desde hace tiempo, mucho tiempo, pero no hay manera.

LUISA: A veces pienso que te casaste conmigo por el sexo.

GERARDO: Los hombres que se casan por el sexo se divorcian por la falta de lo mismo.

LUISA: ¿Me estás hablando de divorcio?

GERARDO: No, no, no, no tergiverses lo que yo digo. Lo que quiero decir es que nuestra falta de sexo es preocupante. El otro día busqué un vídeo de anatomía en Youtube para recordar dónde tenéis las zonas importantes, ¡que no me acordaba!

LUISA: Pues cuando éramos novios no te quejabas tanto.

GERARDO: Porque nos veíamos dos veces por semana y me conformaba con hiciéramos algo en uno de cada dos. Y no me importaba donde fuera.

LUISA: Ya.

GERARDO: Ni a ti tampoco: lo hicimos en un cine, en el coche, en casa de tus padres... y tú siempre tenías prisa por miedo a que nos pillaran.

LUISA: Sí, la prisa era mía, pero el que acababa pronto eras tú.

GERARDO: ¿Cómo? Así que es eso, por eso no lo haces.

LUISA (*Burlándose de lo que dijo GERARDO antes*): “No tergiverses lo que yo digo”.

GERARDO: Pues, pues... si con lo cansada que llegas, yo durara más, acababa contigo roncando.

LUISA: Ya, claro, acabas rápido por mí.

GERARDO: Pues, pues... a otras no les importa cómo lo hago.

LUISA (*Escamada y sorprendida*): ¿Qué otras? Hablarás de antes de conocernos, claro.

GERARDO: Claro, claro. (*Luego, decidido*) No, de otras... (*inventando*) de otra, que tengo otra. Hala, ya te lo he dicho.

LUISA: ¿Otra? ¿Cómo que otra?

GERARDO: No es tan difícil, cariño. Tú eres una. Otra significa que hay... otra, para... joder, no es tan difícil, cariño.

LUISA: Pero, ¿desde cuándo?

GERARDO (*Ya lanzado*): Años, llevamos años.

LUISA: Pero si tú y yo estamos casados sólo dos años.

GERARDO: Entonces... meses, que se me han hecho años.

LUISA: No me lo creo.

GERARDO: ¿Que no? ¿Que no? Ja, ja. (*Ríe sin ganas, se mueve nervioso*) Pues va a aparecer por aquí inmediatamente. Le he dicho que venga. No aguanto más esta farsa.

LUISA: Me estás engañando con otra.

GERARDO: Te “estaba” engañando. Ahora ya lo sabes, ya no te engaño. Tiene que estar a punto de venir. (*Mira su móvil*) Le dije que viniera a las diez. (*Esperan, ella sentada, él nervioso, caminando*) ¿Quieres tomar algo?

LUISA: No viene.

GERARDO: Vendrá, vendrá. Ella nunca falla a una cita. (*Pasa un minuto tenso, sin que pase nada*) Cariño...

LUISA: Nada de “cariño”. Y si esperabas que hubiera sexo esta noche, esto lo empeora un poquito.

GERARDO: Sí, claro. (*Arrepentido*) Oye, que lo que te dije de la amante, me he calentado en la discusión y, la verdad es que...

(*Suena el timbre*)

LUISA: Ahí la tienes. Ábrele, ¿no me la vas a presentar? Quiero ver qué pendón se acuesta contigo.

GERARDO: ¿Pendón?

LUISA: Sí, a ver quién tiene las ganas de hacerlo contigo.

(*GERARDO va hacia la puerta y la abre*)

FEDERICO (*Entrando*): Buenas noches. ¿Llego en un mal momento?

GERARDO: No, claro que no.

FEDERICO: Mejor.

AMPARO (*Desde la puerta, sin apenas entrar*): Holaaaaa, ¿dónde dejó el abrigo?

LUISA: Cógeselo, “cariño”, estás acostumbrado a quitarle la ropa a extrañas.

(*GERARDO coge el abrigo y lo cuelga en la percha*)

FEDERICO (*Se ha acercado al sillón. En voz baja*): ¿Pasa algo?

LUISA: Sí, hemos tenido una discusión que vosotros habéis cortado cuando se estaba poniendo dramática. Ya te contaré.

AMPARO: Yo bebería algo.

GERARDO: ¿Qué, por ejemplo?

AMPARO: ¿Qué tienes?

GERARDO: Pídeme.

AMPARO: ¿Y si no tienes?

GERARDO: No te lo serviré.

AMPARO: Por eso, dime qué tienes y escogeré.

GERARDO: Igual cuando te digo lo que tengo, no me acuerdo de algo y era justamente lo que querías.

AMPARO: No soy muy exigente...

FEDERICO: Una cerveza.

LUISA: ¿Para ti? Qué raro.

FEDERICO: Gerardo, ponle una cerveza a mi mujer y parad ese diálogo sin sentido.

AMPARO: Sin alcohol.

GERARDO (*Repitiendo para recordarlo*): Una cerveza sin alcohol.

AMPARO: Y sin burbujas, que luego se me suben a la cabeza y hago tonterías.

GERARDO: Agitaré la botella para ti. Estoy acostumbrado a mover cosas para que salga la efervescencia... ¿Tú quieres algo? (*A FEDERICO*)

LUISA: Ponle una coca cola con un poquito, muy poquito de ron.

FEDERICO: Sí.

GERARDO (*Saliendo por la derecha*): Eso en mi pueblo siempre se ha llamado cuba-libre.

AMPARO: ¿Qué hay de cena? Traigo un hambre...

LUISA: Estamos esperando a que nos la traigan.

AMPARO: ¿Tenéis criados?

FEDERICO: Gerardo no trabaja, bueno, lo hace en casa. No hace falta que tengan criado.

AMPARO: ¡Qué desilusión! Con lo que me ponen los hombres de uniforme. Por eso me casé contigo: eras bedel... mmmm (*Le besa*)

FEDERICO: Sí, sí.